

riesgos que correr, y es preciso os resolvais á participar de ellos.»

Ninguno de mis compañeros de infortunio, escepto un solo turco, se pudo negar á seguirlos. Su gefe hizo recoger todo lo que la mar habia arrojado á la orilla del cargamento de nuestro navio: cargaron sus camellos, y se pusieron en camino.

CAPITULO XV.

Yo procuré conciliarme la amistad del gefe de los árabes, á quienes me habia asociado: deseaba instruirse, y tenia cierta elevacion de alma que me permitió insinuar-me bien pronto en sus buenas gracias.

No podia volver de mi admiracion al ver con qué valor y constancia estos hombres orgullosos de su independencia soportaban las privaciones y las fatigas, en un pais abrasado por el sol, que á la verdad debia ser mirado como una

tierra de delicias, comparado con las vastas llanuras de arena abrasadora que mui pronto debiamos atravesar.

A la caída de la tarde de nuestro primer día de marcha, habiendo seguido las vueltas y revueltas de una cadena bastante larga de rocas, nos hallamos en un campo regular, donde fuimos recibidos como hermanos. No hai ejemplo de que un ladron árabe haya faltado en su fe á otro: mataron un camello en nuestro obsequio: los árabes comen la carne mui sazónada de especias, particularmente de pimienta: beben al mismo tiempo mucho aguardiente, cuya circunstancia, unida á la influencia de una atmósfera abrasada, les da

unos temperamentos de fuego, y exalta sus pasiones á un grado inaudito en nuestros climas húmedos.

A la mañana siguiente se doblaron las tiendas, se llenaron los odres de agua fresca, fue cargado el equipage sobre los camellos, y todo el mundo se puso alegremente en marcha: á la entrada de la noche, los hombres que formaban nuestra vanguardia, nos advirtieron haber visto pisadas de camellos sobre la arena, y que mas adelante habia un número de árabes superior al nuestro. Tienen, para conocer el número de hordas errantes, y el tiempo que han hecho alto, una sagacidad que no se puede comparar sino con la de los

salvages de la América, que siguen las huellas de sus enemigos por los valles y montañas, sin otra indicacion que la del olfato ó la impresion de los pies sobre la yerba ó sobre la arena.

A consecuencia de esta noticia convinimos en suspender nuestra marcha por algunos dias, para no acercarnos mucho á los árabes que nos precedian, y ponernos al abrigo de sus ataques. Volvimos á poner nuestras tiendas, teniendo á nuestra derecha las montañas, á donde dicen aquellos naturales se retiraron los antiguos cushitas despues del diluvio, abriéndose alli cavernas para librarse de las inundaciones futuras.

Yo tuve la curiosidad de ir á visitar estos monumentos de la antigüedad. Ab-ulmer, nuestro gefe, consintió en acompañarme con unos treinta hombres. Un puñado de miserables, viviendo de rapiñas y de carne de camello seca al sol, existe aun en nuestros dias en estas cavernas subterráneas, de las que muchas son bastante espaciosas para contener todo un pueblo.

Despues de haberlas recorrido todas, volvimos á montar sobre nuestros camellos, y nos metimos en un valle profundo, teniendo á derecha é izquierda inmensas rocas de granate, que reflejando con los rayos del sol ocasionaban un calor que casi sofocaba,

á pesar de la corriente del aire que reinaba en el valle.

Uno de los nuestros divisó la estremidad de una tienda que se colocaba detras de una roca; y antes que nos hubiésemos podido concertar sobre lo que habiamos de hacer, se nos presentó un cuerpo de árabes en buen orden para atacarnos.

Eramos inferiores en número, pero estabamos mejor armados que ellos. Ab-ulmer destacó diez hombres de su gente, previéndoles no se mostrasen sino cuando, por una huida disimulada, hubiesen atraído al enemigo hasta tal punto que le pudiese fuera de alcance de los socorros que podia recibir de sus

tropas; entonces debian cogerle en flanco, y caer sobre él sin dar cuartel.

Dadas estas órdenes se pusieron inmediatamente en ejecucion, y nosotros mismos corrimos tambien á la carga: la batalla fue terrible: sin dejar de batirnos nos retiramos por escalones; de manera que el enemigo, viéndonos retirar, avanzaba con ardor, y cayó en la red que le habiamos tendido: nuestros diez hombres se presentaron de improviso, dando gritos espantosos, que fueron repetidos por nosotros; pero no intimidaron á nuestros enemigos. Se batian como leones, y empezamos ya á desesperar del suceso, particularmente cuando vimos

que les llegaba un refuerzo.

«Hanson , me gritó Ab-ulmer, á quien yo no habia dejado , toma dos hombres , corre al campo enemigo , y ponle fuego , ó somos perdidos.»

Yo ejecuté esta órden sin perder un instante ; y á pesar del escesivo calor , á pesar de la sed ardiente que me devoraba , y de una nube de arena abrasadora que me secaba la garganta , llegué al campo enemigo , seguido de dos árabes. Este campo habia quedado bajo la guardia de dos niños y de tres hombres , de los que sucumbieron dos á nuestros golpes ; y hallándose encendida una hoguera enmedio del círculo formado por las tiendas , no necesitamos

mas que un momento para incendiarlas.

Oigo gritos de mugeres , corro á la tienda de donde me pareció salian , y veo dos mugeres jóvenes , hermosas como georgianas , tendidas sobre la tierra , y espirando de las puñaladas que ellas mismas se habian dado : á su lado otra muger de edad mas avanzada , pero de la fisonomía mas imponente , no daba ninguna señal de vida. Uno de los árabes , viendo que aun respiraba , quiso cortarla la cabeza ; yo le paré el golpe , lo que le hizo enfurecer contra mí ; pero en el momento en que se lanzaba para herirme con su sable , le tendí muerto á mis pies.

Levanté aquella muger acongojada : estaba ricamente vestida, y cubierta de diamantes : volví despues para salvar á las dos jóvenes ; pero estando toda la tienda en llamas , quedaron entre ellas sepultadas.

Ayudado por el árabe y de dos niños , me apresuré á retirar de las tiendas todo lo mas precioso que hallé. El enemigo , poseido del terror al ver el incendio de su campo , no opuso mas resistencia, y se dejó degollar.

Al momento oimos nosotros los gritos de victoria. Esta batalla nos habia costado mui cara ; pues no nos quedaban mas que doce hombres , y aun estos gravemente heridos , en particular el capitán.

¡Cuál fue mi admiracion cuando los vi rodearme tumultuosamente y pedir mi vida por haber muerto á uno de los suyos! Conocí el inminente peligro que corria , y abriéndome paso blandiendo furiosamente mi sable , fui á encontrar á Ab-ulmer.

«¿No me has prometido, le dije , que ninguno de los tuyos me insultaria ?

— Sin duda , respondió , y ahora te reitero esa palabra ; porque á ti solo es á quien debemos la victoria.

— Ha muerto á un árabe , exclamaron todos á grandes voces: pedimos su muerte.

— Sí , yo le he muerto , respondí , y juro por las cenizas de vues-

tros padres , que le he muerto defendiéndome. Juro tambien que venderé mui cara mi vida : desgraciado , aquel que se atreva á atacarme.»

Uno de los amotinados , el mas vigoroso de la banda , y de una cara sospechosa , se adelantó. «El que has muerto era mi amigo , me dijo : yo pido justicia con arreglo á las leyes de nuestras tribus ; ven , si te atreves , á batirte conmigo.»

Yo acepté el desafio , y á pesar del vigor de su brazo , le desarmé despues de habernos batido algunos minutos , con grande admiracion de todos aquellos que habian tomado su partido. Conviniéron en que yo era un hombre

valiente , é hicieron juramento de tratarme en lo sucesivo como un hermano.

Despues de haber apagado la sed que nos devoraba , y curado nuestras heridas , tratamos de partir el rico botin que acababamos de coger : yo advertí que los árabes miraban con celos la parte que me destinaba el capitan. Supe tambien que trataban de deshacerse de la muger á quien yo habia salvado la vida. Desde entonces tomé un partido conforme con mis sentimientos de humanidad , y mui á propósito al mismo tiempo para evitar toda especie de altercados.

Esperaba el momento en que se me ofreciese mi porcion , y

luego que llegó, dirigiéndome entonces á la tropa: «Camaradas, les dije, yo no hago mérito de este botín: os abandono mis derechos como una señal de amistad, y quiero, que no solo los que se han batido, sino todos los individuos de la caravana repartan entre sí mi porcion: el único premio que reclamo de mis servicios es esta desgraciada muger, y os suplico la abandoneis á mis cuidados.

Este desinterés me concilió todos los corazones, y mi petición no halló ninguna oposición. La desgraciada que yo quería salvar, parecía sucumbir al exceso de sus penas. Supe por uno de sus hijos que habíamos hallado en el campo enemigo, que había sido espo-

sa del jefe de los vencidos, y madre de las dos jóvenes que se habían dado de puñaladas por librarse de la brutalidad de los vencedores. Supe también que no era natural de la Arabia, y que había sido robada en el bajo Egipto.

Traté de ver si podía consolarla: me dió gracias de mis generosas intenciones; pero me dió á entender que era supérfluo todo el cuidado que me tomaba.

«Conozco, me dijo con gravedad, que toco ya en el término de mi carrera. Hace mucho tiempo que la felicidad no existe para mí: la muerte de mis hijas acaba de arrancarme la vida. Yo poseo algunas alhajas de bastante valor, y quiero sean la señal de mi tier-